Bilogía

Cielos opuestos

extras



DE UNA BODA SALE OTRA

Luca

—¡Es hoy! ¡Es hoy! —exclama una vocecita que lleva gritando entusiasmada, y sin parar, más de veinte minutos seguidos.

Abro los ojos poco a poco, acostumbrándome a los primeros rayos de sol que entran a través de la ventana, y me sobresalto al ver unos grandes ojos marrones observarme casi sin pestañear. Unas manitas pegajosas no dejan de manosearme la cara, tratando de espabilarme lo más rápido posible.

—Papi, papi, papi —canturrea sin parar.

—Cariño, ¿qué te hemos dicho de levantarte tan temprano? —murmuro, colocándole uno de los muchos mechones rizados que le enmarcan el rostro por detrás de la oreja.

—Que no puedo levantarme antes de que salga el sol—recita de memoria con rapidez—. ¡Pero es que hoy es la fiesta de papá y mamá! —grita, poniéndose de pie sobre el colchón.

No puedo evitar sonreír al verla tan feliz.

—Vas a despertar a tu madre, *principessa*.

Empieza a dar saltos y tiro de su mano hasta volver a sentarla a mi lado, justo en medio de los dos. A mi izquierda, un gemido sordo sale de entre las sábanas. Gia se remueve despacio, escondiendo la cabeza en la almohada para esconderse de los primeros rayos de luz que empiezan a colarse a través de la ventana y del pequeño terremoto que creamos hace tan solo cuatro años.

—Stella... —murmura mi mujer con voz ronca, asomando la cabeza. Tiene los ojos medio cerrados, los labios ligeramente hinchados y el gesto enfadado que pone siempre que la despertamos más temprano de lo habitual. Sus rizos rebeldes están esparcidos por todas partes y creo que nunca la había visto tan preciosa como ahora mismo, a tan solo unas horas de volver a celebrar nuestra unión. No sé cómo lo hace, pero cada vez que la veo siento que está más guapa que la vez anterior; incluso ahora, toda despeinada y con el rostro hinchado y adormilado después de tan pocas horas de sueño.

—Buenos días, cariño.

Me inclino hacia ella y le robo un pequeño beso que suaviza su gesto enseguida y le saca una sonrisa.

—¡Nada de besos a mi papá! —Me agarra la cara con sus manos y me aparta de Gia, que nos mira arqueando una ceja.

—Cariño, ¿qué hemos hablado de esto? Tu papá es mi marido y a los maridos se les dan besos.

—Pues yo me voy a casar con Mateo pronto, pero no voy a dejar que me dé besos —inquiere con el mentón alzado, y no puede recordarme más a su madre en estos momentos. Mi niña preciosa y testaruda, que me abraza con fuerza mientras fulmina a su madre con la mirada.

Mi mujer suelta una risita.

—Te he tenido nueve meses en mi barriga, de los cuales ocho los he pasado vomitando, mareada, con los tobillos como las patas de un elefante y odiando al mundo entero, ¿y

así me lo pagas? —Gia le hinca los dedos en las costillas, haciéndole soltar una dulce carcajada que resuena por la habitación, lo que me provoca una sonrisa.

—Pero es que él es mi papá —dice, pegando su mejilla a la mía. Yo no puedo dejar de sonreír como un tonto. Si quiero más a alguna de estas dos mujeres de aquí, mi corazón explotaría. Estoy seguro de ello.

—Y yo su mujer.

—Pero yo soy su favorita.

—Eso es cierto —respondo, ganándome un manotazo por parte de Gia.

—¿Y él sabe que os vais a casar? —pregunta, divertida, ignorando mi última pulla—. Porque huye de ti cada vez que te ve. —Le da un pequeño toque en la nariz con el dedo índice.

—¡No es verdad! —protesta Stella, arrugando la nariz—. Solo es tímido.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Y piensa que soy la niña más guapa del mundo.

—Vaya —murmuro—. ¿Eso te ha dicho?

—No —responde con sinceridad—. Pero me mira mucho, como tú a mamá.

Gia suelta una risita, y yo no puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa.

—Tendré que hablar seriamente con él entonces.

—¡No, papi! —grita mi pequeña, abrazándose con más fuerza a mí—. No quiero que lo asustes.

—¿Y por qué lo asustaría?

—Porque eres un *brontolone.*

La carcajada de Gia resuena por toda la habitación, llenándolo todo de luz. Mi hija sonríe orgullosa por hacer sonreír a su madre. Y yo en estos momentos no puedo sentirme más pleno y feliz que junto a las dos personas más importantes de mi vida.

—Eso no es verdad —replico, haciéndole algunas cosquillas en el costado.

—Sí que lo es —interviene Gia, como siempre, llevándome la contraria. Nada ha cambiado entre nosotros con el paso de los años, y me encanta—. Eres un gruñón, y con la edad te estás volviendo mucho peor.

—Ya hablaremos tú y yo después. —La señalo con el dedo índice, y enseguida destenso los músculos cuando noto la mandíbula apretada.

—Estaré demasiado ocupada comiéndome todas los *cantuccinis* que haya repartidos por las mesas.

—Recuerda que luego te sientan mal y te duele el estómago.

—¿Y? —pregunta con el mentón alzado, levantándose de la cama y regalándome unas vistas preciosas de sus largas piernas y de lo bien que le queda el pijama de seda que lleva puesto—. Para eso estás tú, para cuidarme. —Arqueo una ceja—. *En la salud y en la enfermedad* —recita de memoria con una sonrisa burlona—, pues hoy te toca la enfermedad de estómago.

—Hoy lo que toca es noche de bodas. —Muevo las cejas repetidas veces en broma, haciéndola reír.

—Yo también voy a tener una boda —murmura Stella, dando un salto de la cama al suelo. Se pasa los mechones rizados que le caen por la cara detrás de las orejas y me mira desde abajo con esa cara de traviesa que sabe perfectamente que tanto me desarma—. Con Mateo.

—Qué pesada es la niña con Mateo —le digo a Gia, que acaba de salir del cuarto de baño—. Vamos a tener que prohibir que se vean tanto.

—Tú sí que eres pesado —dice mi mujer, llenándome de palabras bonitas desde por la mañana temprano. Apoya sus manos sobre mis hombros y se inclina para darme un pequeño beso en los labios que me deja con cara de tonto y una pequeña sonrisa asomando por mis comisuras—. Buenos días, mi capitán.

—Buenos días, mi piratilla. —La agarro por la cintura y, en un movimiento rápido, la acerco a mí, haciendo que nuestros cuerpos queden completamente pegados. Recorro con mi mirada sus facciones, hasta que mis ojos se posan en sus labios, entreabiertos y carnosos, ligeramente humedecidos y preparados para mí. La beso despacio, como si todavía necesita explorarla…

—¡Puagggg! ¡Qué asco! —chilla nuestra hija, metiéndose entre medio de los dos, dispuesta a separarnos.

***

Un par de horas después, el aire frío de octubre en la Toscana se cuela por el patio interior de la villa. Nos costó mucho construir una que estuviera a la altura de lo que un día fue la enorme casa en la que nos conocimos y tantas personas pudieron llamar hogar. Cruzo el pasillo y miro el paisaje por la ventana que queda al lado. El invierno ha teñido los viñedos en tonos cobrizos y dorados, y el viento mueve las hojas de los árboles, haciendo que algunas caigan lentamente sobre el suelo.

Llego al salón y sonrío al admirar la escena que tengo frente a mí. Micaelo está sentado en el sofá, hablando con algunos amigos y compañeros de trabajo que nos han querido acompañar, tomando un té turco al que se ha aficionado por culpa de Gia y sujetando su bastón con fuerza. Nuestros amigos charlan animadamente unos con otros. Hasta Onur parece estar contento. Es un día especial, y nuestro círculo más íntimo ha querido compartirlo con nosotros aquí, en el que hemos hecho nuestro hogar. En la Toscana, donde todo empezó. Justo al lado del árbol con el columpio en el que mi hija pasa las tardes jugando. Y es que tan solo tengo que mirar un poco más por la ventana para

apreciar las vistas panorámicas de toda Cortona, y del lugar tan especial que hicimos nuestro, y en el que hace unos años construimos nuestra casa, a tan solo unos metros de distancia de la villa principal, que se ha convertido en una *caza vacanze.*

Y en medio de todo barullo de voces y risas está Gia, con su vestido blanco de hombros descubiertos y mangas caídas, y ese pañuelo de pirata con florecitas bordadas, dejando el resto de su pelo rizado cayendo por su espalda.

Está preciosa. Y no puedo dejar de mirarla.

Un pequeño terremoto de ojos marrones, pelo rizado y pañuelo de pirata igual al de su madre viene corriendo hacia mí y se engancha a mi pierna. Tira de mi pantalón con efusividad, mirándome casi sin pestañear.

—¡Papi, papi, papi!

Sonrío. No puedo ser más feliz.

—¿Qué pasa, *principessa*?

—Ven. —Me hace un gesto con la mano para que me agache—. Tengo un secreto que contarte.

Arqueo las cejas, sorprendido y cautivado por sus pequeñas locuras a partes iguales. Es tan parecida a su madre y tan bonita, que a veces me sorprende que yo haya tenido algo que ver en su creación.

—Cuéntame —le digo, cuando por fin estoy a su altura.

Me cuchichea algo en el oído a toda velocidad, acelerada por la cantidad de azúcar que ha consumido en las últimas horas. Ni siquiera me da tiempo a responder nada porque, en cuanto me cuenta su secreto, se da media vuelta y sale corriendo a seguir jugando con sus amigos en la pequeña tienda de campaña que hemos improvisado en la habitación de juegos. La idea era hacerlo en el jardín, pero el tiempo otoñal nos ha jugado en contra y hemos tenido que hacer la celebración dentro de casa.

Cuando me levanto, me cruzo con Milán, que está cerca de uno de los sofás que hay al lado de la habitación de juegos.

—¿Hay algún motivo por el que mi hija me acabe de decir que tu hijo le ha dado un beso en la mejilla? —inquiero, cruzándome de brazos.

El muy estúpido echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada escandalosa que llama la atención del resto, aunque por suerte siguen a lo suyo y nadie se une a nuestra conversación. Aprovecho para robarle uno de los pastelitos que tiene en el plato y llevármelo a la boca de un bocado.

—Es que es muy cariñoso —contesta, sonriente.

—Ni cariñoso ni leches, que le ha pedido que sea su novia.

—No me digas. —Sonríe, con orgullo—. Qué alegría. Con lo que le cuesta al pobre socializar. Parece ser que está sacando su verdadera personalidad; es igual de ligoncete que su padre cuando era joven —dice con satisfacción.

Gia aparece junto a mí y apoya una mano en mi hombro. La miro de reojo y le doy un pequeño beso en los nudillos.

—Tienen cuatro años, Milán. —Me pongo serio—. Cuatro.

—Piensa en lo bonito que será cuando sean mayores…

—De eso nada —me apresuro a responder—. Ni muerto dejo que mi hija acabe con el tuyo.

—Oye, no te pases, que mi hijo será todo un partidazo.

—Eso solo si sale a la madre —murmuro, aprovechando que acaba de llegar y se ha sentado junto a mi amigo—. Porque si sale a ti…

—¿Ya están otra vez? —pregunta la recién llegada antes de pasarse un mechón de pelo rubio por detrás de la oreja—. Parecen que el verdadero matrimonio son ellos dos.

—Sonríe un poco, *caro amico.* —Milán me pasa un brazo por los hombros, ignorando la mirada fulminante que le acabo de dedicar—. Deberías estar feliz. La vida te sonríe. Acabas de renovar los votos el amor de tu vida. Tienes una hija que es una copia de tu mujer. Todos tenéis buena salud. Nuestros hijos están convencidos de que están enamorados y vamos a estar juntos toda la vida.

—Déjate de tonterías, Milán —murmuro, levantándome del sofá. Enseguida estalla en carcajadas. Le encanta rabiarme y yo debería tener un poco más de autocontrol y no caer en todas sus provocaciones, pero no puedo evitarlo—. Necesito tomar el aire.

—Me encanta cuando se pone gruñón… —escucho decir a mi mujer—. Está tan guapo.

No puedo evitar sonreír.

Camino hacia la sala de juegos, encontrándome con un grupo de niños correteando por toda la habitación, gritando y ensuciándolo todo. Mi hija rebosa felicidad, así que no me importa nada más.

—Princesa —la llamo, captando enseguida su atención—. Ven un momento.

—¿He hecho algo malo, papi? —pregunta con voz dulce cuando está frente a mí.

Sonrío de lado y acaricio su cabeza.

—No, cariño.

—No hagas eso —me dice, apartando mi mano con cuidado—. Me despeinas y quiero llevar el pañuelo de pirata igual que mamá para estar tan guapa como ella. —Sonríe, enseñándome sus pequeños dientes—. ¿Crees que algún día seré tan guapa como ella?

—Por supuesto —le respondo—. Y mucho más. Llevas también mis genes.

Suelta una risita.

—Mamá y yo vamos a salir un momento fuera.

—Vale, papi.

—Repasemos juntos las normas. —Pone los hombros rectos y asiente con la cabeza. Tengo que hacer un esfuerzo por ponerme serio y morderme la sonrisa—. ¿Qué hacemos si papá y mamá no están en la misma habitación y ocurre algo malo?

—Buscar al *nonno* o a Geppetto —murmura, buscando con la mirada a su guardaespaldas, aunque obviamente ella no sepa todavía la importancia que tiene su presencia en esta casa. Estamos seguros aquí, sí, pero cualquier medida extra es mínima si se trata de la seguridad y el cuidado de mi hija.

—Y pase lo que pase…

—Nunca separarme de Geppetto.

—Y nunca podemos salir fuera…

—…si no lo hago con mamá o papá —continúa Stella por mí, recitando la frase que tantas veces le hemos repetido de memoria—. O con el nonno o Geppetto —repite, esta vez sin emoción—. ¿Puedo irme ya a jugar?

—No, todavía no. ¿Te acuerdas de la sorpresa que teníamos para mamá? —Enseguida se le iluminan los ojos. A pesar de lo pequeña que es, le encanta tener detalles con los demás y dar sorpresas—. Pues ha llegado el momento. Mientras mamá y papá están fuera, ve a la cocina a terminar de preparar la decoración del pastel con Paola. ¿Quieres?

—¡Sí! —exclama, de nuevo entusiasmada.

Vuelve a entrar en la sala de juegos y camina decidida hacia Mateo, que está sentado en el suelo solo, apartado del resto de niños que juegan juntos. Me quedo apoyado en el marco de la puerta observando la escena con atención.

—Ahora vuelvo, Mateo.

—No hace falta.

—Claro que sí —responde, arrugando la nariz respingona que ha sacado igualita a su madre—. Esta es mi casa.

—Vale.

—No estés solo. Juega con los demás.

—No quiero.

—Vale —responde, asintiendo con la cabeza—. Ahora vengo y jugamos nosotros.

—No hace falta —balbucea el niño, casi sin ser capaz de aguantarle la mirada a mi hija. Desde aquí puedo ver como se le han enrojecido las mejillas y cómo juguetea con sus pequeños dedos de forma nerviosa—. Puedo estar solo.

—Ya, pero yo quiero estar contigo.

Enseguida el niño levanta la cabeza y la mira con los ojos bien abiertos.

—¿Y siempre haces lo que quieres?

—Sí —responde—. Tienes que acostumbrarte, porque vamos a estar juntos para siempre, como nuestros papás.

El niño vuelve a agachar la cabeza. La levanta solo cuando se da cuenta de que mi hija no se va a ir a menos que le conteste algo.

—Bueno, vale.

Stella se da por satisfecha, porque le acaba dedicando una sonrisa deslumbrante y, tras decirle al resto de sus amigos que enseguida vuelve y que jueguen con Mateo, sale de la habitación y me agarra de la mano para que la lleve hasta la cocina.

Antes de dar media vuelta, echo un último vistazo al interior y veo cómo el hijo de mi amigo esboza una pequeña sonrisa tímida que enseguida intenta disimular agachando de nuevo la cabeza.

***

Gia me da la mano, entrelazando nuestros dedos y salimos al exterior. Cruzamos el patio y la valla que nos separa del campo. El viento le revuelve el pelo y el aire huele a pino, leña y tierra húmeda. Las hojas doradas de los árboles se mueven ligeramente con la

brisa, haciéndolas crujir bajo nuestros pasos mientras seguimos caminando por el sendero hasta llegar a la zona donde se encuentra el enorme árbol del que cuelga el gran columpio de madera que se balancea suavemente bajo sus ramas.

Desde aquí, las vistas de Cortona son impresionantes, teñidas por los primeros tonos anaranjados del atardecer.

Gia se apoya sobre el respaldo del columpio, contemplando el horizonte que se extiende frente a nosotros mientras el aire fresco le sonroja las mejillas. Me coloco justo detrás de ella, envolviendo su cintura con mis brazos para pegarla a mi pecho y darle un poco de calor. Ella deja caer su cabeza sobre mi hombro con un suspiro largo y tranquilo.

Creo que no soy el único que se siente en paz.

—Hay cosas que nunca cambian —dice, observando cómo el cielo empieza a esconderse, cubriéndolo todo de luces doradas y tonos anaranjados y violetas—. Los atardeceres aquí siempre son una verdadera obra de arte.

—Tú sí que eres una verdadera obra de arte —murmuro contra su oído, arrancándole una risita nerviosa antes de darle un pequeño beso en el cuello—. No hay ni un solo atardecer en el mundo que supere el tenerte aquí conmigo. Pero no pienso decirlo en voz alta, porque se te subiría enseguida a la cabeza.

—Demasiado tarde. Ahora quiero que me lo digas todos los días.

Suelto una carcajada.

—He creado un monstruo. Has pasado de no ser capaz de formular dos palabras seguidas, a ser todo un cursi.

—Pues tú sigues siendo igual de insoportable que cuando te conocí. —Beso su cabello.

—Pero estás enamoradísimo de mí.

—Perdidamente.

Gia se gira despacio entre mis brazos, hasta quedar frente a mí. Sus ojos marrones, ahora más claros y brillantes por la luz dorada de la tarde, buscan los míos con esa intensidad tan suya que hace que mi corazón se acelere igual o más que como lo hacía años atrás.

—Te amo, Luca.

—Yo mucho más —respondo, antes de darle un pequeño beso en la frente.

—Eso es imposible.

—Podemos discutirlo todo lo que quieras, pero yo te quiero más.

—Luca, no pienso discutir contigo el día de nuestra boda.

—Realmente hoy no ha sido el día de nuestra boda porque ya…

—Ni se te ocurra seguir con esa frase —me amenaza—. Por supuesto que nos hemos casado hoy.

—Y además te has puesto un pañuelito de pirata para la ocasión.

—Por supuesto.

Me da un pequeño golpe en el brazo antes de abrazarse a mí con fuerza y apoyar la mejilla contra mi pecho. Yo apoyo la barbilla sobre su cabeza y vuelvo a mirar hacia el horizonte.

Los atardeceres siempre serán algo especial para nosotros, por eso decidimos apartar un momento en este día para pasarlo juntos. Pero con el paso del tiempo me he dado cuenta de que lo que los hace únicos no son las vistas tan maravillosas que tenemos, ni la explosión de colores en el cielo, sino tener a la persona correcta a tu lado para compartirlos. Y yo tengo la suerte de poder disfrutar de cada atardecer junto a ella.

¡Gracias por leer!

DISFRUTA DE MÁS CAPÍTULOS Y CONTENIDO EXCLUSIVO
PRÓXIMAMENTE EN MI WEB:

andreacannelle.com